

Etrusco ¿una lengua úgrica?

Xaverio Ballester
Universidad de Valencia

and similar papers at core.ac.uk

provided by Diigo

Data de recepció: 3/12/2003

Resumen

Recientemente el lingüista Mario Alinei ha propuesto considerar la lengua etrusca como un «húngaro arcaico» y, por tanto, perteneciente al grupo lingüístico urálico. Aquí son analizados los principales argumentos expuestos por Alinei, llegándose a la conclusión de que, en líneas generales, la propuesta tiene grandes visos de verosimilitud.

Palabras clave: Lingüística histórica, lengua etrusca, lengua húngara.

Abstract. *Etruscan, an Ugric Language?*

The Italian linguist Mario Alinei has recently proposed that the Etruscan language was a sort of «archaic Hungarian» and consequently belonged to the Uralic linguistic group. This paper presents and analyses Alinei's main arguments, concluding that the general frame of this new proposal is very likely to be right.

Key words: Historical linguistics, Etruscan language, Hungarian language.

Sumario

Síncopa etrusca: sí (gráfica) y no (fonética)	La conexión germánica
¿Correlaciones o coincidencias?	Ponderando para concluir
Productividad y predictividad	Bibliografía
La proyección latina	

Por fin ha visto la luz el esperado nuevo trabajo de Mario Alinei, de título asaz significativo, *Etrusco: una forma arcaica di ungherese* (2003), donde el autor expone los argumentos a favor de una adscripción de la lengua etrusca (= etr.) al complejo urálico y más concretamente al grupo úgrico y más concretamente al húngaro. La obra enmárcase dentro de ese nuevo paradigma que Alinei mismo ha denominado *Teoría de la Continuidad* y que en esencia atribuye a las hablas indoeuropeas

(y urálicas) unos orígenes mucho más antiguos de los tradicionalmente supuestos. El *opus maximum* de Alinei aparecido en dos volúmenes (1996, 2000) —la obra sin duda más original, rompedora e importante que se ha publicado en el terreno de la Indoeuropeística en los últimos años— constituye así una especie de necesario premarco para la nueva propuesta.

Pasando ahora al terreno urálico, quizá al lector menos familiarizado con este interesante complejo lingüístico convenga saber que, aunque clasificada como úgrica, el húngaro (= húng.) conformaría una entidad independiente dentro de este grupo, es decir, el húngaro y sus dialectos constituirían el grupo occidental (o meridional) de las hablas úgricas frente a las orientales (o septentrionales), fundamentalmente las contiguas lenguas del janto u ostiáico y el mansio (= mans.) o vogul, habladas hoy a miles de kilómetros, más allá de Urales, en la Siberia hipoártica de la región del río Ob, por lo que estas asiáticas lenguas suelen más precisamente ser denominadas *obúgricas*, frente al húngaro, que sería *úgrico*, sin más, o eventualmente *euroúgrico*. Una característica del húngaro —cuyos hablantes constituyen más de la mitad de todos cuantos hablan urálico (Abondolo 1990: 185)— es, en efecto, su aislamiento, ya que la más cercana lengua urálica, el *continuum* de hablas estonio-finesas, se encuentra a un millar de kilómetros, mientras que las otras lenguas úgricas, el janto y el mansio, se hablan mucho más lejos, siendo vecinos del importante grupo samoyedo, el cual, a causa de determinadas particularidades (como ausencia de /r/ en inicial absoluto, mejor conservación de las marcas de plural y dual y otros) constituiría, según los especialistas, la principal fracción dentro del complejo lingüístico urálico al lado del fino-úgrico. Por otra parte, a más de una tan remota ubicación de lo que parece haber sido el área general (u originaria) del racimo lingüístico urálico, otra característica notabilísima del húngaro es la gran presencia de elementos túrcicos, sobre todo del chuvacho o de algo muy afín al chuvacho (Abondolo 1998: 453), lengua ésta hoy hablada en la cuenca superior del Volga y la más singular de las lenguas túrcicas, es decir, el *sosias* túrcico del húngaro. Todo esto y muchos otros datos apoyan bien claramente la hipótesis de que los magiares se desplazaron desde una ubicación mucho más nordoriental, a lo largo o a través del Volga y contactando en esa *diáspora* con pueblos de hablas túrcicas.

Aunque —y en ello incide Alinei— no faltan razones para asociar el etrusco en concreto al húngaro, no es menos cierto que el etrusco también habría —lógicamente— conservado elementos úgricos que al menos ya no se dan en las hablas húngaras modernas y que incluso presentarían algún apartamiento de lo que podemos reconstruir para sus fases más antiguas, por ello y sin merma de esa clara mayor relación entre el etrusco y lo húngaro apuntada —como veremos— no sólo por la lingüística, sino también por la arqueología y la geografía, hoy no puede tampoco excluirse la posibilidad de que lo etrusco haya sido también una entidad paralela y contigua a la húngara y no una mera fracción interna de ésta, por ello más prudentemente preferiríamos por el momento considerar el etrusco una lengua euroúgrica que una lengua húngara o prehúngara. De hecho, según el propio Alinei (40, 296, 319), el etrusco representaría una fase intermedia entre el protoúgrico y el húngaro histórico. Por la parte práctica entendemos además que la más

laxa clasificación del etrusco como una lengua úgrica antes que como húngaro (arcaico) podrá actuar de freno y contención para la eventual legión de aficionados a los desciframientos y quienes a base de *machacar* diccionarios de húngaro moderno en un futuro inmediato se pondrán previsiblemente a traducir, como tantos hacen aquí con los diccionarios de vascuence, hasta lo que no es etrusco.

Por la parte histórico-arqueológica, no siendo de nuestra más directa competencia profesional, aquí diremos tan sólo que la exposición de Alinei, muy en la línea de las imprescindibles e irrefutadas aportaciones de Hugh Hencken (1968, 1971), propone que la Etruria histórica sería el resultado de infiltraciones, en la edad del bronce, de grupos elitarios provenientes, en última instancia, de la zona carpato-danubiana y que en suelo itálico habríanse materializado notoriamente en la cultura vilanoviana. Interesante también, sobre todo por lo que comporta respecto al tan denostado dogma tradicional, es la vinculación a la cultura de los Campos de Urnas que Alinei (359-62) establece con los poco indoeuropeos pero industriales focos danubianos, así como la relación que —para disgusto de gimbutianos, nos imaginamos— el autor establece entre la llegada de los magiares a Europa y aspectos esenciales de la cultura de los curganes.

Síncopa etrusca: sí (gráfica) y no (fonética)

Aspecto decisivo para la nueva interpretación de Alinei ha sido la relectura de lo que tradicionalmente ha venido siendo denominado la *síncopa* etrusca, fenómeno histórico por el cual el etrusco habría perdido regularmente la mayoría de las vocales mediales, de modo que, por ejemplo y siempre según la doctrina tradicional, unos *Menerva* o *Menarva* habrían pasado a *Menrva*, pronunciada esta última forma, por tanto, tal cual se escribe. La interpretación que Alinei propone de estos y numerosos datos similares es justamente la contraria, a saber: se trata de un simple expediente gráfico y por el cual precisamente dejan de escribirse —no de pronunciarse— muchas vocales mediales y también —detalle no superfluo— algunas iniciales, de modo que en realidad el etrusco no sólo no tiende diacrónicamente a eliminar vocales, sino que, muy al contrario, incluso diaglóticamente tiende a insertarlas automáticamente para evitar los grupos consonánticos explosivos considerados no tolerables al resultar extrapatrimoniales, de modo que en realidad una grafía como *Herecele* para el griego Ἡρακλῆς es mucho más «fonética» que grafías como *Hercle*. Para todos estos casos de deleción o supresión de la vocal Alinei emplea el término técnico de *espunzione* vocálica. El detalle es, evidentemente, de enorme trascendencia, pues la inserción de la vocal no registrada (del tipo *Hercle* léase como *Herecele*) permite una fácil equiparación fonotáctica con las lenguas urálicas, caracterizadas, como muchas otras, por la tendencia a la sílaba abierta pero con la singularidad mucho menos común —aunque también se da en el complejo lingüístico pirenaico (aquitano-vascónico e ibérico)— de una mayor tolerancia hacia los grupos consonánticos en final de raíz. Como curiosidad puede decirse que un húngaro, Zsigmond Farago (1975), llegó a la misma conclusión de la existencia en la escritura etrusca no de una síncopa fonética sino de lo que él —y no desafortunadamente— denominaba *inherencia* vocálica. Más sorprendente y curio-

samente con este requisito Farago pudo *traducir* algunas líneas de las láminas de Pirgi como si aquello fuera húngaro arcaico. Reconózcase al menos que con la admisión de la inherencia vocálica los textos etruscos pueden «sonar» a húngaro.

Puesto que independientemente de Alinei nosotros hemos propuesto la misma interpretación de la *síncopa* —pero síncopa sólo gráfica— etrusca, difícilmente podemos negarle la razón en este punto. Al contrario, la convergente interpretación de Alinei puede iluminar alguna cuestión que en nuestra exposición dejábamos abierta, tal cual la calidad de la vocal no registrada y, en suma, la naturaleza del fenómeno. Entonces proponíamos una doble posibilidad explicativa: o bien se trataba simplemente de casos de apoyo vocálico para evitar grupos consonánticos, a la armenia o —aquí mejor— a la húngara (así húng. *Ferenc* para el alemán *Franz*, o *görög* ‘griego’ para evitar /gr/), o bien se trataba de casos de verdadera armonía vocálica, como en tantas lenguas aglutinantes, incluso, por supuesto, las urálicas y dentro de ellas el húngaro, fenómeno para el que ciertamente había también buenos indicios. Quede claro que, como en el caso del húngaro, una y otra posibilidad no se excluyen, sino más bien se complementan, diferenciándose sobre todo en su manifestación práctica, en el sentido de que la armonía exhibe una mayor riqueza vocálica que el apoyo (así, por ejemplo, apenas [ə] es el timbre regularmente empleado en armenio, como en muchas otras lenguas, para estos casos). Por todo ello, en su momento y prudentemente proponíamos nosotros un registro neutro (y práctico), en concreto proponíamos utilizar <ä> para todos aquellos casos donde pudiera deducirse que la vocal no se registra, advirtiendo que esto era muy frecuente sobre todo ante sonantes. Obvio es que toda la propuesta de Alinei nos invita ahora a reconsiderar como mucho más verosímil la entonces más arriesgada hipótesis de la armonía vocálica y consecuentemente a postular una notación más flexible. Así, la escritura de formas como etr. *Tarxuna* junto a *Tarxna* con un equivalente latino *Tarquinia* sugiere ciertamente un valor labializado para la vocal interior etrusca, lo que propicia que el latín (= lat.), como tantas otras lenguas en parecidas circunstancias, represente con la secuencia <ui> un elemento fónico que le resulta muy extraño, algo que el mismo latín haría en situaciones análogas (χυνικί >= *quinici*; διὰ χυλῶν >= *diaquilon*; Moralejo 1972: 170; Allen 1989: 17 y 52 n2).

En la parte práctica, diremos que para estos casos lo más útil —creemos— sería registrar la vocal no notada siempre con diéresis, especificando el timbre a partir de lo que pudiera deducirse de la correspondencia latina o de las correspondencias en griego, húngaro u otras lenguas pertinentes y a partir de las notaciones explícitas en la propia escritura etrusca para formas de la misma raíz. En caso de faltar correlatos, adjudicaremos a la vocal no notada el mismo timbre de la[s] vocal[es] contigua[s], preferentemente la primera, registrándola, por supuesto, igualmente con diéresis. Nótese, pues, que todas las vocales que a continuación aparezcan con diéresis, serán, pues, en realidad reconstrucciones (*Tarxiina*), pero aquí preferimos esta práctica a la de la notación sin vocal (*Tarxna*) por la enorme —y antiurálica— distorsión que esta última crea[ría]. Todo ello, naturalmente, no excluye la posibilidad de que a veces se presente esa misma vocal en otros testimonios (*Tarxuna*). En aquellos casos donde no sea posible decidirse por timbre alguno, seguiremos empleando convencionalmente el registro neutro de <ä>. En cualquier caso, cum-

ple reconocer la importancia de la inherencia vocálica y la práctica conveniencia de su notación filológica, ya que permite una mejor ponderación de lo que es la fonomorfología etrusca evidenciando además su normal carácter aglutinante y no, como hasta ahora, su singular tipología fonomorfológica de *centauro* lingüístico, con una mitad fusiva en el cuerpo o raíz y mitad aglutinante en las extremidades o desinencias.

Marginalmente nótese también que a su vez el reconocimiento, en todas sus principales características, del ahora ya evidente carácter aglutinante del etrusco — y no de aquella fuso-aglutinación *sui generis* — permite explicar mejor el empleo de la *scriptio discreta* o separación gráfica de palabras, un para los filólogos utilísimo expediente que por fortuna se transmitió desde la etrusca — su verdadero promotor en la Antigüedad — a las escrituras romana y otras frente notoriamente a la helénica, siempre renuente a este uso. Resulta que, por razones fáciles de comprender, la notación autónoma de palabras en una lengua aglutinante es asunto mucho más perentorio que en las lenguas fusivas, donde por norma la *scriptio continua* provoca menos ambigüedades.

¿Correlaciones o coincidencias?

Confiesa Alinei (10) que la pasmosa correspondencia entre los nombres de los magistrados etruscos *zilac* y *canthe* y los de las figuras políticas de la historia húngara *dzila* (*gyula* en mod. húngaro) y *kende*, términos ambos de origen túrcico, le llevó ya en 1987 al convencimiento de la necesidad de abrir esta vía de investigación, cuyo interés y posible productividad tardaría pocas semanas en confirmar. Y no serían estos, desde luego, los únicos casos de pasmosas correspondencias. Así, personalmente nos parecen aún más notables en forma y significado los paralelos para los topónimos etr. *Felzina* o lat. *Felsina* con el segmento húng. *felső-* ‘septentrional - superior’, etr. *Velzina* o lat. *Volsinii* con *belső* ‘interior’, y lat. *Alsium* con húng. *alsó* ‘meridional - inferior’, todos ellos elementos comunísimos en la toponomástica húngara, dándose otrosí la circunstancia — difícilísimamente una coincidencia — de que *Felsina* (Bolonia) se halla al norte, *Volsinii* (Orvieto) en el centro y el puerto de *Alsium* (Ceres) al sur de la Etruria histórica.

Pese a este doble trío de conjunciones astrales, cuantitativa y cualitativa, formal y semántica, lingüística y geográfica, alguno podría objetar la existencia, en principio, de una cierta divergencia vocálica entre los correlatos. Al margen del posible empleo de diferentes armonías vocálicas o de diferentes marcas morfológicas, ha de advertirse que un típico *uitium* de la reconstrucción lingüística — probablemente transmitido desde la lingüística indoeuropea a las otras — es la general creencia de que las vocales y las consonantes presentan igual valor y aún de que, dentro de cada serie, todos los elementos valen igual en lo que concierne a su grado de pervivencia y, por tanto, a su potencial testimonialidad reconstructiva. Esto simplemente es incierto. Por ejemplo, las vocales por regla general son más inestables que las consonantes. Así verbigracia las indudables correspondencias indoeuropeas para ‘[a]noche[cer]’ — checo *noc*, griego *νυκτός* (genitivo), hitita *neku-*, ant. inglés *niht*, lituano *naktis...* — o para ‘fuego’ — ant. eslavo *ognь*, lat. *ignis*, lituano

ugnis, sánscrito *agnih*... — presentan una mucho mayor variedad vocálica que consonántica. No merece aquí mayor comentario el *desaguisado* que el prejuicio de igual estabilidad para todos los fonemas ha provocado, trámite fantasiosos engendros de fono-ficción, en el seno de la lingüística indoeuropea. Pero por si este *caue* no fuere suficiente, hay que advertir además de que precisamente en el caso urálico, la variabilidad vocálica es tal que para la uralística «Probablemente no haya campo académico más controvertido que la prehistoria de las vocales» (Abondolo 1998: 16).

Además de las correspondencias fonológicas que se constatarán sin más en los ejemplos sucesivos, Alinei, por supuesto, señala también numerosas correspondencias morfológicas, destaquemos su propuesta de equiparar las formas etruscas en *-u* con participios y *nomina agentis* húngaros en *-o*, *-ó*, *-u* y *-ú*, así como la detección de marcas comunes cuales un acusativo en nasal, un [sub]lativo en *-ra* (cf. también en vascuence la presencia de un alativo en *-ra*, vg. *kalera* ‘a la calle’, *mendira* ‘a la montaña’), un ablativo en *-l*, o un formante privativo en *-täla* (etr.) y en *-talan* (húng.). En fin, por citar unos pocos casos más de concordancia entre otros muchos rasgos generales compartidos (orden sujeto - objeto - verbo, tendencia a la subordinación, exuberancia derivativa lexical, sobredeclinación...) digamos que también la marca del ginecónimo etrusco en *-ne[i]* o simplemente en *-n* tendría su correlato en húng. *-né* (*Balogné* ‘la mujer de Balog’). En cuanto a los ginecónimos femeninos en *-i* y en *-ia* Alinei (321) propone, en clave húngara, interpretarlos como diminutivos en *-i* o como posesivos en *-ja*. Hay que tener en cuenta que, en caso de existencia de dos marcas gineconímicas, mayoritariamente las lenguas del mundo la emplean para la socialmente tan importante distinción entre mujeres casadas y solteras, siendo aquí lógicamente muy frecuente —baste aducir el modelo lituano— el empleo del diminutivo para las solteras. En cuanto al morfema etrusco de plural en *-r*, tipo *cēlenar* ‘hijos’, dentro de la grande diversidad de formaciones urálicas para el plural, Alinei (323) señala un posible —y semánticamente coherente— formante iterativo con */r/*. Aúñ: en ambas lenguas los numerales, como en las otras lenguas urálicas (y como en vascuence y otras lenguas), irían acompañados de determinantes en singular, así *ci avil* sería literalmente ‘tres año’, tal como comio *vit pili* ‘cinco muchacho’ (dat.) o vascuence *bost seme* ‘cinco hijo’.

La cantidad y cualidad de las correspondencias señaladas son tanto más significativas si tenemos en cuenta la gran variabilidad —típica de las aglutinantes y, muy en concreto, de las urálicas— que presentan los morfemas, los cuales tienden a mantener operativo su carácter creativo, por lo que, como dice Alinei (319), a causa de la naturaleza altamente analítica de las lenguas aglutinantes su aparato morfológico presenta mayor tendencia al cambio que el de las lenguas fusivas; de hecho, en su mayoría los morfemas del húngaro resultan ser innovaciones (Abondolo 1990: 185).

En el capítulo de las correspondencias léxicas señaladas por Alinei, para evitar la posibilidad de que se traten de meras coincidencias, recogeremos aquí sólo y muy abreviadamente aquellas correspondencias para formas contando al menos dos sílabas, lo que evidentemente reduce de modo drástico las posibilidades de

que se trate de puro azar. Los ejemplos se refieren al etrusco y, mientras no se especifique lo contrario, al húngaro. Así, *apa* ‘padre’ - *apa* ‘padre - viejo’, *calu[s]* ‘muerto - muerte’ - *hal* ‘morir’, *etanal* ‘con ello’ - *ezennel* ‘con ello’, *vatiexe* ‘bajo la guía’ - *vezet* ‘guiar’, *zelar-* ‘familia’ - húng. dial. *csalárd* ‘familia’, *zilacal* ‘estrella’ - *csillag* ‘estrella’, *θavāra* ‘propiedad’ - *tár* ‘almacén’ (de **tavar*, cf. checo y ucraniano *tovar* ‘mercancía’, calmuco *tawr*, uigur *tavar*...), *θēresu* ‘esclavo’ - che-mismo o mario *tareze* ‘trabajador’, *iθal* ‘bebida’ - *ital* ‘bebida’, *ilacve* ‘suficientemente’ - *elég-vé* ‘suficientemente’, *iξeme* ‘yo beba’ - *igyam* ‘yo beba’, *kate-* ‘casa’ - *haza* ‘a casa’, *maru* ‘agrimensor’ - *mérő* ‘medidor’, *naceme* ‘hacia mí’ - *nekem* ‘hacia mí’, *nesël* ‘observa’ - *neszel* ‘observar’, *puia* ‘mujer, esposa’ - *bulya* ‘esposa turca’, *teta* ‘terreno’ - *tétel* ‘lote de terreno’, *tiurunias* ‘ley’ - *törvény* ‘ley’ (medieval *tewrueny*), *turan* ‘diosa’ - janto *turem* ‘dios - cielo’, *falu-* ‘pueblo’ - *falu* ‘pueblo’, *fase* ‘vaso’ - *fazék* ‘vaso’, *fulu* ‘herrero’ - *fűlő* ‘fogonero’... Es de notar que también en húngaro se encontrarían paralelos para formas con menor volumen silábico pero con bien asentada etimología o que darían un sentido muy congruente en su respectivo contexto. Así, *avil* ‘año’ - *év* ‘año’, *ziv* ‘vivir’ - *sziv* ‘respirar’, *hut* ‘seis’ - *hat* ‘seis’, *θun* ‘instrumento musical’ - mans. *tōn* ‘cuerda (musical)’, *nap-* ‘familia’ - *nép* ‘pueblo’, *uru* ‘señor’ - *úr* ‘patrón’...

Productividad y predictividad

A favor de la propuesta de Alinei están también afinidades en principio insospechables y que aparentemente resultan ser generadas por la aplicación de la propuesta al material lingüístico. Es decir, la propuesta de Alinei cumple los dos requisitos aquí esperables de productividad y de predictividad. Las lenguas urálicas se caracterizan por la presencia de compuestos, así en urálico ‘cara’ se deja analizar literalmente como ‘nariz-ojo’ en janto (*riót-sém*) y como ‘nariz-boca’ en húngaro (*orca*), o en esta misma lengua ‘espabilado - despierto’ como ‘ojo-oreja’ (*szem-fül*). Hay que irse al vascuence (*hortzaginak* o ‘diente-muelas’ para ‘dentadura’) o a las [otras] lenguas criollas para encontrar regularmente fenómenos de este tipo. Lo sorprendente es que en los análisis de Alinei también aparecería reflejado este fenómeno, así un *lucumo* ‘caballero’ se dejaría analizar como ‘caballo-hombre’ (cf. húng. *ló* ‘caballo’ y mans. *kum* ‘hombre’, húng. *hím* ‘macho’), o *zamaθi* como ‘madrina’ a partir de húng. *gyám* ‘tutor’ y *ati* ‘madre’, raíz conservada en el húng. *édes* ‘mamá’.

Con frecuencia es también notable la congruencia contextual — contextual *sensu lato*— que se logra con la *chiave ungherese*, así al relacionar con el húng. *gyak* ‘pinchar - incidir’, el etr. *zic*, *zix* como ‘incidir’ o *zicu* como ‘incisor’, este último término sería el correspondiente al latino *Scribōnius*, formado sobre la raíz de *scribō* ‘escribo’, de una inscripción bilingüe. Para el texto *kūlumie* junto a un esclavo introduciendo una sartén en el horno resulta, como propone Alinei (94), sumamente verosímil el significado de ‘boca del horno’ a partir de las raíces documentadas en mans. *kūr* ‘horno’ y *umi* ‘abertura’. La propuesta de un ablativo en *-l* — marca antes tradicionalmente considerada de genitivo— parangonable al separativo/locativo húngaro en *-l* hace más congruente aquel texto grabado en un espejo

de bronce y donde Hércules (*herĕcĕle*), en la tradición hijo de Alcmena, se amamanta desde/en Juno (*unial*), siendo además, por otra parte, *-l* un sufijo de ablativo ya típicamente úgrico (Honti 1998: 354).

Tratándose de Alinei, quien tantas páginas magistrales ha escrito a lo largo de su obra sobre estos asuntos, será, por lo demás, ocioso comentar lo bien apuntaladas que están las transferencias semánticas necesarias para explicar algunas de las correspondencias propuestas, de modo que sólo incautos o desconocedores de la obra del glotólogo italiano (y de la antropología general) osarían impugnar en lo semántico correspondencias como etr. *ais* ‘dios’ y húng. *is* ‘abuelo - antepasado - progenitor’, etr. *am-* ‘ser’ y mans. *ōn* ‘sentarse’ y janto *aməs* ‘sentarse’, siendo así que mismamente en la historia del español o del portugués debió [de] emplearse supletivamente el verbo ‘sentarse’ (lat. *sedĕre*) en la conjugación de ‘ser’.

Por otra parte, allí donde hay sorpresas respecto a la tradición etruscológica o a las expectativas primarias, hay que reconocer que el material presentado por Alinei está siempre bien argumentado. Por ejemplo, en la etimología toponímica nosotros tomamos por norma el principio —al menos estadísticamente provechoso— de que, entre dos opciones, la más banal es la buena. Así en topónimos como *La Violada*, tan excitantes para la imaginación popular, antes preferiremos ver una *Via lāta* (Hernández 1993: 69) que agresión sexual alguna. Por eso en una correspondencia como lat. *Populonia* y etr. *Fufūluna*, *Fupūluna*, *Pupūluna*, *Φυφūluna* esperaríamos en principio reconocer un simple derivado latino de *pōpulus* ‘álamo’, lo que explicaría además por qué el etrusco simplifica la final en *-ia* adaptándola a su propia morfología. Sin embargo, Alinei ve aquí un compuesto reconstruible a partir del húng. *fő* ‘principal’ y *fűl-* ‘encender - atizar’, de modo que el topónimo reflejaría la capital de los horn[er]os. La propuesta podría parecer en principio rebuscada y arriesgosa, pero en favor de ello estaría la aparición de la figura de Vulcano en las monedas de Populonia y el papel desempeñado por la ciudad en la producción metalúrgica etrusca, a más de la analogía con otros topónimos (cf. el clásico testimonio de los nombres de los demos atenienses Αἰθαλίδαι, sede de tantos carboneros, formado sobre αἶθω ‘quemar’, y Εὔπυρίδαι, sobre πῦρ ‘fuego’).

La proyección latina

Otro indicio de la posible bondad de la pista euroúgrica es el de que, si proyectadas sobre el latín —para el etrusco la segura lengua de contacto y de la que poseemos mayor información—, las nuevas propuestas podrían iluminar variadas cuestiones tradicionalmente opacas o controvertidas. Así la relación entre etr. *etera* ‘soldado’ y húng. *ezer* ‘mil - regimiento’ justificaría alguna etimología antigua propuesta por los antiguos y relacionando el lat. *miles* ‘soldado’ con el numeral *mīle* ‘mil’ (Varro *ling.* 5,89). También la conexión establecida entre *fulu* ‘herrero’ y *fűlő* ‘fogonero’ permitiría una relación, mediante la aquí usual metonimia, con el término latino *fullō* ‘batanero’, de tradicionalmente opaca etimología, asimilando el latín nominativos en *-u* a sus temas en nasal, como hace con el celtibérico (LETōNTu y genitivo LETōNTuNOS es en lat. *Letondō*, *-ōnis*) y tendría además un paralelo más cercano en el par etr. *maru* y lat. *marō*. La grafía <ll> para

fullō quizá podría explicarse porque el latín pretendiera reflejar un valor velar [ʃ] para la lateral. En cuanto al lat. *balteum* ‘tahalí’, neutro y *Tuscum uocabulum* según el polígrafo Varrón (Charis. 1,77 Keil), resulta muy atractiva la derivación —otra vez metonímica— por Alinei desde el húng. (y altaico) *balta* ‘hacha de combate’. Asimismo, a partir de formaciones etruscas como *axërate*, *cafate*, *kaviate*, *rumate* y afines (cf. las localidades denominadas en lat. *Acerrae*, *Capua*, *Gabii* y *Roma* respectivamente), también la tan problemática procedencia del singular gentilicio latino en *-ās*, *-ātis* (*Arpīnātēs*, *Fidēnātēs*...) quedaría ahora iluminada por la conexión húngara, ya que el propuesto locativo etrusco en *-t* habría tenido su correlato en ant. húngaro, forma que —sugiere Alinei (321)— se habría *sobredeclinado*, como es usual en las lenguas aglutinantes y más aún en húngaro, con la adición del equivalente a la *-i* característica de tantos gentilicios húngaros (*budapesti* ‘de Budapest’). Por mencionar un último ejemplo, la propuesta de explicar por húng. *eszik* ‘alimentarse’ el etr. *ēsce* ‘comía’, confirmaría que lat. *ēscā* ‘alimento’, también de tan obscura etimología, no sería efectivamente una voz indoeuropea. En esa línea de indudable profundo contagio entre ambas lenguas, para *semφ*, *sempf* ‘siete’, a más del material úgrico (húng. *hét*, mans. *sät*, a su vez probablemente del iránico, cf. ant. iran. *saptá*), no puede excluirse la copia o interferencia latina, *septem*, adoptada con metátesis ([semp-]) para adaptarse a la fonotaxis etrusca.

La conexión germánica

Ante la avalancha de datos de todo tipo y no sólo lingüísticos, cabe preguntarse cómo la pista euroúgrica no se formuló antes, al menos de modo tan explícito. Desde luego, uno de los obstáculos para el reconocimiento de la uralidad del etrusco era, como ya hemos visto, la distorsión morfológica propiciada por la lectura *sincopada* de su escritura, pero además, como bien indica Alinei (395), la propuesta colisionaba frontalmente con las cronologías tradicionales. En efecto, la perspectiva más aceptada asigna la tradicional *honfoglalás* por los magiares u ‘ocupación de la patria’ al 895 aD. Es obvio que la tesis de Alinei implica la presencia de úgricos en Europa para una fecha muy anterior a la de finales del s. IX de nuestra era. En concreto, la convergencia de datos y argumentos empleados por Alinei (422) le permiten precisar la fecha de la (primera) ‘ocupación de la patria’ por los magiares entre el IV y el II milenio aC. Por tanto, cualquier indicio que, totalmente al margen de la conexión etrusca, apunte a una presencia de úgricos en Europa en una fecha anterior a la época del florecimiento de la Etruria clásica, constituiría un —aunque indirecto— adicional apoyo a las tesis alineístas.

Pues bien, resulta que, por otra parte, como señala Alinei (268), «el húngaro se caracteriza por lo que se podría denominar, tomando en préstamo el término de la lingüística germánica, una *Lautverschiebung* o ‘rotación consonántica’, que ha llevado a todas las oclusivas a transformarse, con o sin condiciones, en las respectivas fricativas». Así, el húngaro presenta /f/ inicial (*fed* ‘cubrir’) como desenlace de la /p/ conservada en la forma correspondiente de otras lenguas urálicas (mans. *pänt-* ‘cubrir’), tal como el germánico (gótico *fisks* ‘pez - pescado’) frente a la /p/ de la forma correspondiente en otras lenguas indoeuropeas (lat. *piscis* ‘pez’),

ya así el húngaro presenta /h/ (*hal* ‘pez - pescado’) como desenlace de la /k/ ante vocales graves (*kV^{a/u} > hV^{a/u}) conservada en la forma correspondiente de otras lenguas urálicas (finés *kala* ‘pez - pescado’), tal como el germánico (alemán *Haupt* ‘cabeza’) frente a la /k/ de la forma correspondiente en otras lenguas indoeuropeas (lat. *caput* ‘cabeza’). En esencia, pues, el fenómeno fonético es el mismo en ambas entidades lingüísticas, en germánico y en húngaro pero ¿sólo en esencia?

Aunque en otro lugar hemos propuesto que en el caso germánico el cambio para las oclusivas sordas (explosivas y sobre todo iniciales) no fue directo sino trámite un estadio africado (*p > pf > f/, *t > tθ > θ/ y */k > kx > x/), el detalle concreto de la evolución en principio es aquí secundario, siendo, en cambio, lo relevante un estadio con una resolución histórica en la que tanto el húngaro como las lenguas germánicas coinciden en presentar una evolución de antiguas /p/ y /k/ a respectivamente /f/ y /h/. Sin embargo, visiblemente el húngaro se aparta del germánico en el hecho de que la antigua /t/ inicial urálica no termina produciendo un fonema /θ/ como por simetría esperaríamos, sino que permanece (húng. *tél* ‘invierno’ como mans. *taal*). ¿Será suficiente esta divergencia para considerar ambas mutaciones consonánticas totalmente independientes?

En nuestra opinión, decididamente no, ya que en el húngaro se daban específicas condiciones para evitar aquella esperada evolución desde /t/ a /θ/. En efecto, el húngaro, como las otras lenguas úgricas, presentaba ya a la sazón un fonema /θ/ como resultado de —en la versión más aceptada— la fusión de dos antiguas sibilantes urálicas (aunque una africada /ts/ explicaría también, y con mejor apoyo tipológico ese resultado). Expuesta y razonada, pues, la afinidad esencial de ambas mutaciones en germánico y en húngaro, el paralelismo entre ambos procesos invita a plantear la posibilidad de un fenómeno de contacto. A favor de la conexión germánica estaría también el muy significativo hecho de que aquella *Lautverschiebung* es exclusiva del húngaro, es decir, no se da en el restante urálico, ni siquiera en las otras hablas úgricas, pues un paso /k > x/ se da también, aunque restringidamente, en partes del mansio y del janto (Abondolo 1998: 428) mas en principio por razones totalmente independientes de las que acaecen en húngaro. Pero asunto aquí de la mayor relevancia es el hecho de que la mutación germánica debe de haberse producido en época antiquísima, una vez que es, sin excepción, común a todas las hablas germánicas.

La explicación aquí postulada sugiere, pues, la presencia del antiguo húngaro, como requiere la propuesta de Alinei, en una zona contigua a hablas germánicas —con mayor verosimilitud aproximadamente en su ubicación actual— muchos siglos antes de la fecha asignada tradicionalmente a la llegada de los húngaros a la cuenca danubiana. En tal sentido, la mutación de las oclusivas húngaras, para la que otramente no habría apenas explicación verosímil, se convierte indirectamente en un apoyo de la propuesta de Alinei, la cual a su vez permite por primera vez ofrecer una explicación plausible de la evidente afinidad que aquí presentan germánico y húngaro (/p- > f-/ y /k- > h-/).

Marginalmente, nótese que el reconocimiento de una fase intermedia africada (*pf kx/) en la primera rotación germánica permitiría una mejor equiparación grafemática tanto de las correlaciones tusco-húngaras (*calu[s]* - *hal*)

como tusco-latinas (*Fufūluna, Fupūluna, Pupūluna, Φuφūluna - Populonia*) y de las variantes grafemáticas de la propia escritura etrusca (*semφ, sempf* ‘siete’). Esto —decimos— para la primera mutación consonántica, pues para la segunda mutación, restringida ésta y con variaciones al alto alemán, no puede dudarse de la existencia de un resultado africado para las oclusivas sordas explosivas, una vez que éste aparece fehacientemente documentado (ant. alto alemán *pfeit* ‘camisa - camión’ - anglosajón *pād* ‘abrigo’; ‘diez’ alemán *Zehn* - inglés *ten*; ‘grano’ ant. alto alemán *chorn* - anglosajón *corn*; más detalles en Krahe 1994: 105 y s.), e incluso se manifiesta históricamente en las copias de otras lenguas (lat. *porta* ‘puerta’ >= al. *Pforte*).

La conexión germano-urálica, por otra parte, es asunto que, dada la abundancia y variedad de datos en este sentido, difícilmente puede negarse, al punto que autores como Gendre (2001) consideran que los germanos son en realidad no un pueblo indoeuropeo, sino un pueblo urálico —aunque fénico, según Gendre (2001: 86)— indoeuropeizado (por ilirios).

Ponderando para concluir

Como dice el propio autor (13), «quedan por resolver innúmeros problemas, ya menudos, ya menos menudos» en un libro que quizá tenga «mil defectos, de forma y de substancia». No faltan, en efecto, lugares donde las propuestas Alinei pueden resultar menos convincentes, por ejemplo, en todo lo concerniente a los textos en proyectiles, así de un etr. *katekērīl* como ‘llego a casa’ según el húng. *hazakerül* ‘llego a casa’ a ‘doy en el blanco’ el recorrido no parece tan directo ni corto como se nos propone. Ahora bien, es una constante —diríase al menos en todas las antiguas filologías del Mediterráneo— la enorme dificultad que suelen presentar las inscripciones sobre glandes para hondas, petróbolos o piedras de catapulta u otros proyectiles incluso cuando la lengua nos es bien conocida.

Pero hay que notar que aun en el caso de que Alinei esté equivocado en algunas de sus traducciones, la propuesta general puede quedar salvaguardada al menos en todos aquellos casos en los que, a falta de paralelos, no podamos estar seguros de la segmentación. Por ejemplo, para un —siempre tan difícil— texto sobre misil glande de plomo rezando *mī kuikna*, Alinei (208 y s.) sugiere una relación con húng. *kő* ‘piedra’ o mans. *kīw* ‘piedra’ con un formante húng. *-na* diminutivo o nominal y traduce ‘yo [soy] el proyectil’, esto es, ‘yo [soy] la piedr[ecit]a’, lo que daría una lectura demasiado banal y pleonástica, aparte de que quedaría sin explicar el segmento *-k-*, por ello no puede excluirse que en *kuikna* tengamos algún otro componente además de los citados. Parecidamente para *cleva* Alinei (177) propone una relación con húng. *oklevél* ‘diploma - contrato’, pero es obvio que la no notación de la vocal permitiría también una lectura —quizá más esperable en teoría— *cēleva* evitando otra *muta cum liquida* en el caso de que no hubiera aquí un compuesto y propiciando quizá la confrontación con otra[s] forma[s] húngara[s]. En esa misma línea la comparación de etr. *sren* con húng. *eszre* ‘en mente’ no excluye otras posibles soluciones, ya que de modo general resultan más seguros y mucho más abundantes los casos donde la vocal inherente no se da en inicial abso-

luto, por lo que una lectura *sëren*, que eventualmente podría propiciar otros parangones, no puede en principio excluirse.

Asimismo y para algunos lugares concretos son posibles interpretaciones alternativas o al menos paralelas. Alinei propone un significado ‘dorado’ para *atranes* al relacionarlo con el húng. *arany* ‘oro’ del úgrico **θaraña* (cf. mans. *tarəń*), donde «el etrusco revelaría un antiguo estadio metatético» (92). Aquí el problema es que esa supuesta metátesis habría producido una antitirrélica secuencia *-tr-* de *muta cum liquida*, de modo que probablemente habría que segmentar *a-tāranes* para poder salvar esa etimología.

Asimismo y aun admitiendo con Alinei (264) que las oscilaciones gráficas del etrusco son idénticas a las que, por la falta de tradición literaria, se dan también en el florentino o en el veneciano medievales, personalmente albergamos aún algunas dudas de que, al margen de las ya conocidas variantes dialectales en forma de intercambio de grafías, pueda hablarse en —subráyese— todos los casos de meras variantes. Valga como parcial analogía otra vez el caso del ibérico, donde aunque lo normal es registrar indistintamente mediante un único grafema los silabogramas correspondientes a las oclusivas, hay muy buenos indicios de que la variante más septentrional de esta escritura utilizó —siempre con las habituales oscilaciones— signos diferentes para dos series oclusivas (sordas y sonoras muy probablemente), posibilidad repetidamente bien argumentada por Correa (1992) y otros. Así al menos en el específico caso de las dos sibilantes etruscas numerosos indicios sugieren que el persistente mantenimiento, aunque, como es lógico, ciertamente oscilante y a veces contradictorio, de dos entidades gráficas —y no una ni tres— se debió a la persistente discriminación de dos fonemas distintos de naturaleza sibilante.

En suma, allí hasta donde podemos juzgar con alguna competencia, la propuesta de Alinei es coherente, aunque —muy lógicamente— quedan muchas cuestiones por dilucidar, muchos textos por iluminar. Y así debe ser, pues de hecho sospecharíamos de alguien que pudiera traducir todo los textos tan campanuda e irreflexivamente como hacen tantos iluminados con, por ejemplo, el material arqueoibérico. Recuérdesse que mismamente el vascuence ha dado para traducir en flamantes publicaciones y sin asomo de duda no sólo el ibérico o el celtibérico, sino también el guanche, el micénico y, por supuesto... el etrusco. A propósito de la versión fenicia de las láminas de Pirgi recuerda Alinei (152) la dificultad para decidir si se trata del fenicio chipriota o del púnico, a pesar del gran conocimiento que se tiene de las lenguas semíticas, concluyendo: «No nos sorprendamos, pues, si el problema del etrusco-húngaro se revela y se revelará en algunos aspectos determinados no menos arduo, dado que el etrusco representaría la única documentación disponible sobre un estadio tan antiguo de una lengua urálica», y esto sin olvidar nunca la heterogeneidad que caracteriza al conjunto urálico y el carácter precisamente más —etimológicamente— aberrante que supone el húngaro respecto a las demás lenguas urálicas. En fin, por bien asentado que esté el carácter indoeuropeo y céltico del celtibérico y por amplia que sea la potencial base comparativa, los textos celtibéricos, incluso los de escritura latina, siguen presentado enormes problemas de interpretación, sin embargo,

ningún filólogo serio podría hoy negar ni su carácter céltico ni su adscripción indoeuropea.

Por decirlo con el gran Michelena (1995: 128), «Una serie de hipótesis [...] no puede tener otro valor, a falta de decisivas evidencias, que su valor explicativo: son útiles si nos ayudan a comprender los estadios documentados de una lengua». Un paradigma científico es, pues, evaluable por su virtualidad para articular armónicamente un mayor número de datos y explicar un mayor número de problemas. Así, por poner un ejemplo, la propuesta de Alinei explica —diríase— cómodamente desde el etrusco en Lemnos —como producto de una expansión euroúgrica desde la zona carpato-danubiana— al empleo simbólico de pájaros en el arte etrusco. Mas, no menos importantemente, un paradigma científico debe mostrar también su capacidad para articular y explicar nuevos datos y problemas que en el momento de la hipótesis no fuesen siquiera previsibles. El azar ha querido que, cuando el libro ya estaba acabado y en prensa, de modo totalmente inopinado haya aparecido un hermoso *libro* en seis láminas de oro escritas en etrusco. En Macedonia.

Bibliografía

- ABONDOLO, D. (1990). «Hungarian». En COMRIE, B. (ed.). *The Major Languages of Eastern Europe*. Londres, p. 185-200.
- (1998). «Introduction». En ABONDOLO, D. (ed.). *The Uralic Languages*. Londres-Nueva York, p. 1-42.
- (1998). «Hungarian». En ABONDOLO, D. (ed.). *The Uralic Languages*. Londres-Nueva York, p. 428-56.
- ALINEI, M. (1996). *Origini delle lingue d'Europa. I La Teoria della Continuità*. Bolonia.
- (2000). *Origini delle lingue d'Europa. II Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro...* Bolonia.
- (2003). *Etrusco: una forma arcaica di ungherese*. Bolonia.
- ALLEN, W.S. (1989²). *Vox latina. A Guide to the Pronunciation of Classical Latin*. Cambridge.
- CORREA, J.A. (1992). «Representación gráfica de la oposición de sonoridad en las oclusivas ibéricas (semisilabario levantino)». *AI* 14: 253-91.
- GENDRE, R. (2001). «Le Origine dei Germani». En DOLCETTI CORAZZA, V.; GENDRE, R. (curr.). *Antichità Germaniche*. Alessandria, I, p. 43-122.
- FARAGO, Z. (1975). «“Les plaques de Pyrgi”, déchiffrement des plaques en or à inscriptions étrusques». J. LECLANT pres. *Le déchiffrement des écritures et des langues*. París.
- HENCKEN, H. (1968). *Tarquinia, Villanovans and early Etruscans*. Cambridge, Mass. II vol.
- (1971). *The Earliest European Helmets. Bronze Age and Iron Age*. Cambridge, Mass.
- HERNÁNDEZ PRIETO, M.^a A. (1993). «Burtina, Bortinae». *Tabula Imperii Romani. Hoja K-30: Madrid. Caesaraugusta. Clunia*. Madrid, p. 69.
- HONTI, L. (1998). «ObUgrian». En ABONDOLO, D. (ed.). *The Uralic Languages*. Londres-Nueva York, p. 327-57.
- KRAHE, H. (1994²). *Linguística Germánica*. [Trad. de M^a.T. Zurdo.] Madrid.
- MICHELENA, L. (1995). «The Ancient Basque Consonants». En HUALDE, J.I.; LAKARRA, J.A.; TRASK, R.L. (eds.). *Towards a History of the Basque Language*. Amsterdam/Filadelfia, p. 101-35.
- MORALEJO, J.L. (1972). «Notas sobre la grafía Y en inscripciones latinas». *Cuadernos de Filología Clásica*, 4: 165-85.